

# ***Impávidos ante la democracia. La subjetividad política argentina***

**Echegaray, Fabián**

---

**Fabián Echegaray:** Cientista político y periodista argentino. Investigador de la Fundación A. Illia para la Democracia y la Paz (Argentina) y del Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (Brasil).

---

*Las actitudes y expresiones políticas de los ciudadanos han echado por tierra el optimismo de las primeras interpretaciones de la transición argentina. Ni los individuos parecen, hoy, dispuestos a mantenerse activamente comprometidos en su respaldo inicia a la nueva institucionalidad, ni esperan mucho más de ella. Sin embargo, lo que resulta diagnosticado públicamente como un ocasional desencanto, presenta un contenido más profundo: por un lado, la persistencia de diversas orientaciones hacia la política propia del discurso y de los hábitos del pasado autoritario; por el otro, el desvelamiento de una voluntad colectiva marcadamente contraria al autoritarismo institucional, pero no por eso contenedora de un consenso ni democrático ni democratizador. Este trabajo busca, precisamente, discutir dicho trasfondo, con base en una encuesta sobre cultura política.*

Un fantasma atraviesa el sueño de los intelectuales y militantes de la democracia participativa en Argentina: la impavidez con que la sociedad civil encara el mundo político renacido con la democratización. De repente, nada causa menor impresión que la política, nada fastidia tanto como los políticos, nada suena tan vacío como profundizar la democracia. Y es que la sociedad, en su diaria comunicación con la élite política, fue arrinconando su imaginación democrática, en función de los diagnósticos hobbesianos, la lógica esquizofrénica y la cualidad de la producción política de ese estrato profesional (Echegaray, 1987). En su estrategia por docilizar el futuro y maximizar las posibilidades de gobernabilidad, dicho estrato acabó aplazando las oportunidades de autogratificación política, abriendo las puertas a una preocupación cool y a un espíritu minimalista en las motivaciones de este tipo por parte

de las mayorías sociales. La política de entonces se ha vuelto más distante. Las identificaciones de entonces han comenzado a desdibujarse.

Es así, pues, que en buena parte las condiciones subjetivas de la democracia en Argentina han variado. Los nuevos límites subjetivos apenas se orientan por los criterios de un comienzo: no es tanto que se esté participando menos en política (aunque el declive es real), como que los mismos términos de la participación estén desvaneciéndose y alterándose. Las pulsiones por el compromiso democrático no se han visto tan reducidas cuanto que sí han afrontado una progresiva desfiguración y una nueva, distinta, conceptualización para cada uno.

No es simplemente que el activismo público haya decaído, sino que ante todo se desterritorializó, perdió o decidió abandonar sus viejos marcos de referencia. En general, los sentidos del involucramiento político han cambiado como resultado, no exclusivo, de los diferentes contextos y del tipo de vínculo que se ha desarrollado entre las mayorías y el estrato profesional, ganando fuerza una nueva «política de los espacios» trabajada más a un nivel social o «parapolítico» (Arditi, 1988; Echegaray y Raimondo, 1987).

Paralelamente, con relación a los padrones convencionales desde los que se observan las orientaciones políticas colectivas y a partir de los cuales se intenta radiografiar la cultura política de las mayorías, podría hablarse de la subsistencia de un consenso antiautoritario, de ciertas continuidades culturales y de un sentido mínimo de la ciudadanía. Siendo que en este artículo nos centraremos en los primeros dos trazos culturales, procuraremos dar un respaldo empírico a nuestras afirmaciones a partir de los datos que, con validez para la población de Buenos Aires, recogimos en una encuesta <sup>1</sup>.

### ***Consenso antiautoritario***

Entre los axiomas clásicos de cultura política para sociedades en procesos de cambio, se destaca el señalado por Sidney Verba quien, en su estudio sobre la reformulación de las bases del comportamiento en la Alemania postnazi, advierte que por más que se registre una alteración al nivel del régimen político, esto no supone la inmediata consagración de un nuevo tipo de matriz valorativo-actitudinal y de conductas para las mayorías sociales (Verba, 1969). Con ello, no sólo quiere indicar

---

<sup>1</sup>La encuesta, cuyos resultados más globales están expuestos en Raimondo y Echegaray (1988), fue realizada sobre una muestra de 420 casos seleccionados aleatoriamente y por cuotas, con un triple control estratificado. El trabajo de campo fue realizado en barrios de la ciudad de Buenos Aires (Capital Federal) entre los meses de junio y agosto de 1987.

que el impacto de la estructura sociopolítica sobre el padrón cultural es relativo, sino que, además, el cambio en las culturas políticas es mucho más lento de lo que podría augurarse. En este punto coincide Arendt Lipjhardt, quien ve condicionadas las transformaciones culturales al surgimiento de «acontecimientos verdaderamente traumáticos» que hayan impactado con cierta perdurabilidad y proyección sobre el magma social (Lipjhardt, 1980).

A partir de estas observaciones, parece más sabio decir que acompañando a la democratización política argentina (tras décadas de autoritarismo y de exclusión de sectores relevantes) sobrevendría no tanto una cultura política democrática cuanto más probablemente algunos lineamientos diferenciales de opinión, algunas modificaciones en los criterios de priorizar y despriorizar, jerarquizar y marginar, valorizar y desvalorizar cuestiones de atención pública, y algunas visiones y perspectivas de la realidad ancladas en otros ángulos distintos a los hasta entonces permitidos o acostumbrados.

Ausente de las prácticas de las mayorías sociales y con contornos bastante difíciles de imaginar para ellas mismas, una cultura cívica sólo permite ser captada a través de las minúsculas y variables transgresiones a la matriz cultural autoritaria; de la progresiva liberalización de sutilezas, gestos, interpelaciones, descripciones y memorias, y de la deslegitimación y el descrédito de determinadas pautas (muy generales) de actuación, procedimiento e interpretación (por lo común, referidas al nivel de análisis de lo colectivo). Es a partir de las sucesivas y dispersas fragmentaciones (voluntarias e involuntarias) que desafían los componentes de la matriz cultural autoritaria, de los resquicios que iluminan las contradicciones esenciales de su sociológica, y a partir - también - de las miradas que van más allá de las fronteras enseñadas, de las expresividades aprendidas y del prisma apropiado mentalmente sobre lo normal y lo patológico, que va dándose la cristalización de una cultura más cívica.

Por eso, creemos que lo adecuado es pensar en un parto lento desde las propias entrañas de la cultura autoritaria como proceso de generación de otras pautas de orientación política, y no en la emergencia sorpresiva de un consenso democrático venido desde afuera. En alguna medida, son los excesos de las instrucciones autoritarias (y de la propia realidad del autoritarismo, una vez conocido en toda su dimensión) los que dejan en claro la necesidad como la perspectiva de un mayor civismo en nuestras orientaciones. Sin duda, una tensión tan exasperante cuanto real.

Son estos reflejos que delimitan más rotundamente lo que no será aceptado como válido en adelante, aquello que se repudiará y contra lo cual se luchará, los que sugieren el desvelamiento de una sensibilidad básicamente antiautoritaria <sup>2</sup>.

Mucho antes de hablar de un consenso democrático, debemos reconocer el dominio de una evaluación de negaciones. Las propensiones en auge durante la transición son de repudio más o menos explícito de ciertas orientaciones vividas bajo el autoritarismo, antes que de una definición rotunda de contenidos democráticos.

Buscando contrastar estas observaciones con la realidad y el parecer verbal de los habitantes de Buenos Aires, descubrimos que la opinión porteña no hesita en manifestar su identificación con la vigencia de la libertad y la democracia (cuestiones «ausentes» durante largos años). Sin embargo, este dato no puede traducirse más que como prueba de un consenso antiautoritario antes que democrático, una vez que las actuales leyes e instituciones políticas (que constituyen buena parte del núcleo del nuevo régimen) apenas reciben una débil adhesión (ver Cuadro 1).

Cuadro 1

**Escala de identificación nacional por orgullo**

Objetos	Mayor Orgullo (1º y 2º)	Menor Orgullo (1º y 2º)
Vigencia libertad y democracia	37%	4%
Leyes e instituciones políticas	6%	17%
Dirigencias política y gremial	5%	32%

Fuente: Raimondo y Echegaray, 1988.

Paralelamente, existe una íntima elaboración psicológica de determinadas «ausencias» que caracterizaron a los tiempos de instrucción y vivencia bajo el autoritarismo (como libertades y derechos humanos) que facilita la asociación subjetiva entre pérdida del nuevo orden institucional y pérdida de aquéllas. Así, pasando revista a

<sup>2</sup>Para una discusión sobre las características y las consecuencias del llamado «autoritarismo socialmente implantado», ver: O'Donnell, Guillermo (1984): Y... ¿a mí qué me importa?, CEDES, Buenos Aires, y O'Donnell, Guillermo (1985): «Democracia en Argentina: micro y macro», en: Oszlalc, Oscar: Proceso, crisis y transición/1, CEAL, Buenos Aires. Para un debate un poco más general, ver: revista Plural/1 (1985). «El autoritarismo en la Argentina», Fundación Plural, Buenos Aires.

los temores públicos priorizados por la opinión metropolitana (ver Cuadro 2), se hace evidente la implicancia que tiene la irrupción de una nueva agresión institucionalizada del autoritarismo. La perspectiva de que otra interrupción militar automáticamente significaría nuevas «pérdidas», nuevas «ausencias», nuevos «duelos», favorece la ubicación preferencial del golpe y del fin de las libertades y derechos como principales temores públicos.

Cuadro 2	
Escala de temores públicos	
Objetos	Temores en 1º, 2º y 3º
Golpe militar	54,5%
Perder la libertad y el respeto por los derechos humanos	48%

Fuente: Raimondo y Echegaray, 1988.

Por otra parte, ciertos rasgos básicos que ayudarían a diseñar un consenso normativo nítidamente democrático en función del masivo apoyo a aspectos centrales del método y de la dinámica de la democracia aparecen sin un respaldo contundente y, en algunos casos, notablemente desafiados. Así, casi una de cada cuatro personas verían favorablemente la reducción del número de oportunidades para votar (22,9%), mientras que una de cada tres sostuvieron la idea de un partido único bien fuerte como opción superadora al divisionismo que implica el pluralismo multipartidario (31%); al tiempo que seis de cada diez (58%) no dudaron en expresar la mayor conveniencia de un líder fuerte «para hacer las leyes que el país necesita», juicio que además del tradicional tinte de sumisión autoritaria que deja entrever también desconoce la división clásica de poderes, atribuyendo facultades legislativas a una sola persona. Asimismo, la imposición de controles a la libertad de expresión de los medios de comunicación recogió el respaldo de más de la mitad de los entrevistados (54,5%), en cuanto que la aprobación e indiferencia respecto de mayores restricciones cualitativas para quienes van a las urnas (voto calificado) reunió casi un tercio del total (29,2%), (Raimondo y Echegaray, 1988).

### ***Ambigüedades***

La discusión en términos del contenido del consenso público en una situación de democratización se vuelve central en la búsqueda de las bases subjetivas de dicho proceso. Es que resulta evidente la función positiva que cumple el acuerdo sobre ciertos fundamentos sustantivos de la nueva institucionalidad para una marcha medianamente próspera de la transición. Como recuerda Angel Flisfisch: «La existencia de orientaciones normativas democráticas en la cultura política de masas, más allá de cierto umbral crítico, es al menos una condición favorable para el éxito de una redemocratización... Su existencia la facilita importantemente y su inexistencia la traba significativamente» (Flisfisch, 1988). De aquí nuestra preocupación por discernir el tipo de consenso que presenta la opinión, una vez que la crítica al autoritarismo pasado no se confunde plenamente en una cultura democrática.

De hecho, si se acepta que toda sociedad se nuclea en torno de un orden coercitivo o de un orden moral, la opinión bonaerense deja traslucir sus preferencias por esta última fórmula, pero sin llegar a eliminar lo difuso y lo contradictorio de sus verbalizadas afinidades democráticas. Es por eso que encontramos más adecuado hablar de una posición antiautoritaria con relación a las perspectivas de orden colectivo. «Ella (la población) puede no conocer ni entender los mecanismos y premisas de funcionamiento de la democracia política, y realizar prácticas autoritarias en diversos planos de su actividad social. Pero lo que tiene en claro es que no quiere el retorno de ese régimen autoritario (o militar, o como se le llame en cada caso) que ha sufrido recientemente» (O'Donnell, 1987).

Como ya apuntamos, se trata de una sensibilidad convictamente antiautoritaria, derivada de un estado de susceptibilidad e indignación moral contra aquellas «pérdidas» (libertades, garantías, igualdades, derechos) recién ahora elaboradas, que acarrió el autoritarismo institucional.

Pero en su complejidad, este consenso no se limita a la aspiración de un orden institucional no autoritario, ya que en el estilo de la nueva sensibilidad, en su racionalidad y en el grado de sofisticación que desarrolla frente a la política y el mundo político también ha destilado su animosidad contra las actuaciones públicas, los discursos públicos y los proyectos colectivos cargados de autoritarismo.

Este último ingrediente del nuevo temperamento antiautoritario en lo institucional no excluye, entonces, a las propias modalidades (que tiene la sociedad en su conjunto) para expresarse con arreglo a la esfera institucional. Esto es, el antiautorita-

rismo político no sólo apunta a las formas y propuestas de hacer políticas venidas «desde arriba», sino que también se proyecta hacia el regulamiento de la propia intervención en este universo. Bajo este ángulo, lo que se permite es una aproximación pulcramente cívica de los individuos hacia el terreno político, relegando las actitudes y comportamientos radicales al plano de lo desacreditado, marginando a sus cultores y promotores como otro dato del desprestigio en que han caído las estrategias de insolencia pública. El ejemplo que daremos es por demás elocuente: preguntados sobre los caminos más eficaces para influir sobre el gobierno o el Parlamento frente a decisiones sentidas como injustas o perjudiciales, los entrevistados dieron mayor importancia al «uso de los medios de comunicación (cartas, solicitudes, TV)» (72,4% como 1°, 2° y 3°) y, en segunda instancia, a «dirigirse personalmente a los políticos» (58,8%), en cuanto que «votar por la oposición», «adherirse a un paro general» y/o «concurrir a un acto público de repudio» fueron vistos como vías eficaces por un 24,3%, un 13,3% y un 20%, respectivamente (Raimondo y Echegaray, 1988) (2). Es decir, ganaron en consenso aquellas alternativas más alejadas de toda derivación conflictiva y más vacías de todo contenido potencialmente autoritario, como también las de menor movilización colectiva<sup>3</sup>.

### ***Continuidades culturales***

Ciertamente, en esta transición de la subjetividad a la que están expuestas las mayorías sociales se entrecruzan - incansablemente - continuidades y rupturas, persistencias e inflexiones con relación a la matriz cultural heredada. La vida cotidiana, descontextualizada del autoritarismo institucional, va redefiniendo los perfiles de orientación con que las personas pilotean sus encuentros y desencuentros con la política. Los resultados pueden exhibirse como puntos de quiebre o dilataciones de certidumbres y posicionamientos previos; puede darse también una simultánea cohabitación de viejas creencias y hábitos que se suceden y otros que se derrumban.

En el caso que analizamos, una óptica de continuidades sustantivas afirmadas por debajo de una apariencia de cambio y discontinuidades culturales nos resulta imprescindible para explicar aquellas cuestiones iniciales ligadas a la progresiva desmotivación política que experimentan importantes sectores hasta ayer eufóricos y activos. De la militancia a este desapasionamiento, del interés político a esta indife-

---

<sup>3</sup>Solicitados de mencionar a aquellas organizaciones que consideraran más importantes para la participación de la gente, los entrevistados dieron prioridad en primer, segundo y tercer lugar a las agrupaciones de tipo «localista»: 228 menciones, y en segunda instancia, con 213 menciones, a los organismos defensores de los derechos humanos. Recién en tercer lugar se ubicaron los partidos políticos, que recibieron en total 180 menciones.

rencia, no cesan los ejemplos que ilustran una dramática alteración en las orientaciones y manifestaciones políticas de la gente.

El cambio más evidente, la nueva sorpresa que detectan intelectuales y militantes, se desnuda en el fin de aquel «hechizo democrático» que volcó a las personas a las calles, a los debates y al conocimiento y al afecto por el universo de la política, y que hoy ha derivado en un masivo «desencanto político» (Echegaray y Raimondo, 1987). Ante los mentores de la cultura cívica y la democracia participativa, hoy totalmente confundidos, la voz y la mirada sociales, que expresan esta abrupta retirada del mundo político y el abandono de los entusiasmos colectivos, emergen como los datos de la ruptura.

Frente a esta visión que descubre el corte (al nivel de las conductas) en la actual caída del activismo y que señala allí la presencia de la discontinuidad, opondremos nuestra perspectiva que interpreta esta agonía del civismo como un reequilibrio de la propia matriz cultural hacia sus padrones más profundos y arraigados de valoración y expresividad políticas.

Aquí, la referencia al proceso de socialización individual se hace ineludible. Es a partir de esta extensa cadena de aprendizajes que formamos nuestra estructura valorativa y actitudinal; una sucesión de enseñanzas permanentes que crean y recrean las imágenes, las creencias, la memoria, las asociaciones, las experiencias, las predisposiciones, las simpatías vinculadas a la política y al mundo político.

Sin embargo, no es tan sólo el contenido a ser internalizado lo que confecciona nuestra trama de preferencias y comportamientos, influyendo poderosamente el contexto y las modalidades (la operativa) del aprendizaje. Cuando apenas el contenido destila autoritarismo, es posible que aquellos elementos y materiales que moldearán la estructura valorativa puedan verse filtrados por un contexto y una operativa diferentes (no autoritarias). Pero cuando las tres condiciones tienen como denominador común al autoritarismo, escaparse de la lógica de éste se torna un acto heroico y difícilísimo.

A la fuerza de las impresiones originales que el individuo internaliza en su proceso de socialización, se suma el carácter estable que esas orientaciones asumen una vez que también se estabilizan el contexto, las modalidades y los contenidos del tipo autoritario que acompañan el crecimiento de su subjetividad política.

En casos donde la extensión temporal del clima autoritario que permea dichas condiciones ha abarcado largos años, podría hablarse de un verdadero padrón autoritario de socialización capaz de provocar un rebautismo cultural del individuo (Landi, 1981). Para el análisis de la opinión argentina esto cobra particular relieve vista la decidida ofensiva de «resocialización» (y de «reculturalización») lanzada por la pasada dictadura (García Canclini, 1982).

De aquí, entonces, que, pese a la clarísima oposición de hoy en día a todo autoritarismo institucional, no resulta fácil encontrar suficientes testimonios de que también se hayan abandonado tan radicalmente las pautas culturales restantes internalizadas bajo las sucesivas dictaduras, ni de que las expresiones de autoritarismo social tan comunes y aceptadas como parte del orden diario se encuentren en franco retroceso.

La «reconciliación» que al nivel de la subjetividad política se va reelaborando casi explícitamente con aspectos y pautas centrales de aquellas matrices originales, y que se evidencia en las verbalizaciones sobre numerosos valores, actitudes y conductas por parte de las personas, parece desnudar aquellas continuidades culturales a las que nos referíamos en un comienzo.

### ***Desencanto y reencuentro***

Este movimiento reintrospectivo y de desconfianza no sería más que un «retorno crítico» de la identidad colectiva a las fuentes originales de su estructura cultural, así como la desmovilización generalizada sería el prelude de un «reequilibrio» en dirección a las más tradicionales y experimentadas pautas de comportamiento político. En tal sentido, podríamos hablar de una memoria operativa definida (aquella que cobró vida y sentido a partir del aprendizaje sobre lo político dirigido en las eras autoritarias) que resurge coordinando las respuestas individuales frente a un panorama de condiciones sociales y oportunidades insatisfactorias. Así, el desencanto presupone un reencuentro, un sinceramiento de la subjetividad frente a las directrices de la propia mentalidad social, antes que una revuelta del ánimo con destino incierto.

Las respuestas, los puntos de vista, las pretensiones de ahora dejan traslucir el aflojamiento de los esquemas interpretativos y de actuación a los que ya se estuvo (y, fundamentalmente, después de tantas inestabilidades, se había logrado estar) acomodado.

El cinismo, la sumisión a la autoridad, el automarginamiento de la política, la deslegitimación de las organizaciones políticas, la sublimación de un orden dirigido, la indiferencia cívica, la entronización de la vida privada, modelan un perfil de opinión fuertemente permeado por el padrón socializador autoritario, presentándose como un caso de marcadas continuidades en las disposiciones culturales hacia la política.

Los resultados de nuestra encuesta confirman lo dicho. A la cuestión «frente a algún abuso de autoridad por parte de la policía, lo más recomendable es quedarse tranquilo y molestar lo menos posible» (situación a la que buena parte de la muestra ha estado sometida por lo menos una vez), un 34,9% señaló su conformidad mostrando el alto grado de sumisión autoritaria vigente para situaciones personales. En el caso de una posible situación autoritaria de alcance colectivo («en caso de golpe de Estado, lo mejor sería quedarse en casa y ver qué pasa»), la actitud sumisa aumenta a un 36,4% de los interrogados (Raimondo y Echegaray, 1988).

La clásica condena a los partidos y a las actividades políticas sobre las que martilló repetidamente el discurso autoritario mantiene un alto grado de aceptación. Un 34,2% estuvo de acuerdo y muy de acuerdo en que «hoy en día, para perder tiempo, no hay como ir a una movilización política», en tanto que un 73,4% halló que «los partidos políticos privilegian las disputas por sus diferencias a ponerse de acuerdo para hacer cosas útiles», y un 83,8% que «las autoridades partidarias generalmente se interesan en colocar a su gente en posiciones importantes».

La erosión de la validez otorgada a los partidos también se refleja en el 37,6% que no los reconoce como «el ámbito más apropiado para canalizar mis propias inquietudes políticas». El descrédito de los políticos no es menor al de sus organizaciones: un 60,7% piensa que «la mayoría de los políticos no están realmente interesados en los problemas de los ciudadanos», y un 81,1% reconoce que «uno nunca termina por saber cuándo los políticos están diciendo la verdad» (Raimondo y Echegaray, 1988).

La continuidad con la vertiente cultural autoritaria también se descubre al momento de medir el soporte normativo para con la democracia. Aquí, los datos ya citados sobre la proporción de porteños que favorecen la censura, la restricción del voto, el liderazgo fuerte personalista y la reducción de las oportunidades de elegir políticamente resultan bien gráficos.

Sin embargo, las continuidades culturales presentes no se remiten únicamente a un padrón negativo respecto de la política. Muchas de ellas reflejan la tradicional palidez del contacto con lo público, la indiferencia, pasividad y/o la opción por un espacio público menos politizado (conflictuado). El hecho de que un 78,2% admita que la participación es baja porque «buena parte de los ciudadanos sólo se interesan por sus asuntos personales» es harto elocuente. No menos lo es que casi dos de cada cinco entrevistados (38,2%) sienta que «participar en partidos políticos trae muchos dolores de cabeza, es mejor dedicarse a las cosas de uno», y que uno de cada tres (31,3%) afirme que «las actividades políticas son una pérdida de tiempo, hay cosas más interesantes para hacer» (Raimondo y Echegaray, 1988).

Paralelamente, la desconsideración de los partidos como canales de articulación política como excelencia en favor de aquellas agrupaciones más vinculadas a la problemática local (barrial, vecinal, comunitaria), nos está diciendo que empieza a verificarse una revaluación de las instituciones más tradicionales del mundo público en forma de «despartidización» de las actividades participativas y políticas (Echegaray y Raimondo, 1987).

De esta manera, las continuidades culturales subsisten en la relación distante y de sospecha que la mayoría de los individuos observan con respecto a lo explícitamente político. Aquel pasado «hechizo democrático» parece ser, cada vez más, la verdadera discontinuidad, y el presente ensimismamiento, desencantado y cínico, la nueva vertiente del manantial más profundo de nuestras bases de cultura política.

### **Referencias**

- \*Anónimo, PLURAL/1. - Buenos Aires, Argentina, Fundación Plural. 1985; Lechner, Norbert -- Una gramática postmoderna para pensar lo social.
- \*Arditi, Benjamín, CULTURA POLITICA Y DEMOCRATIZACION. - Buenos Aires, Argentina, Flacso. 1988; Almond, Gabriel; Verba, Sidney -- Consenso democrático en el Chile autoritario.
- \*Echegaray, Fabián, COMPROMISOS CAMBIANTES: MOTIVACION Y DESMOTIVACION POLITICA EN LA TRANSICION. - Buenos Aires, Argentina, Fundación A. Illia para la Democracia y la Paz. 1987; The structure of interference.
- \*Echegaray, Fabián; Raymondo, Ezequiel, DESENCANTO POLITICO, TRANSICION Y DEMOCRACIA. - Buenos Aires, Argentina, Ceal. 1987; Cultura e Política. Notas sobre a transição na Argentina.
- \*Flisfisch, Angel, CULTURA POLITICA Y DEMOCRATIZACION. - Buenos Aires, Argentina, Flacso. 1988;
- \*García Canclini, Néstor, NOVOS ESTUDOS. - Sao Paulo, Brasil, Cebrap. 1985;

- \*Hischman, Albert, SHIFTING INVOLVEMENTS. - Nueva Jersey, EEUU, Princeton University Press. 1982;
- \*Landi, Oscar, CRISIS Y LENGUAJES POLITICOS. - Buenos Aires, Cedes. 1981;
- \*Lipjhardt, Arendt, THE CIVIC CULTURE REVISITED. - Boston, Little, Brown & Co. 1980;
- \*O'Donnel, Guillermo, TRANSICIONES, CONTINUIDADES Y ALGUNAS PARADOJAS. - Sao Paulo, Brasil, Cebrap y Kellogg Institute. 1987;
- \*O'Donnell, Guillermo, PROCESOS, CRISIS Y TRANSICION/1. - Buenos Aires, Argentina, Ceal. 1985; Lechner, Norbert -- El autoritarismo en la Argentina.
- \*O'Donnell, Guillermo, Y... ¿A MI QUE ME IMPORTA?. - Buenos Aires, Argentina, Cedes. 1988; Ozlak, Oscar -- Democracia en Argentina: micro y macro.
- \*Raimondo, Ezequiel; Echegaray, Fabián, LA PARTICIPACION EN LA CULTURA POLITICA PORTEÑA. - Buenos Aires, Argentina, Fundación A. Illia para la democracia y la paz. 1988;